

## HOMENAJE AL DR. ALFREDO LANARI

Dr. Raúl Abaurre

Con el fallecimiento del Dr. Alfredo Lanari el país ha perdido una figura relevante, uno de los más altos exponentes de la ciencia argentina, un maestro, un visionario, un pensador, un erudito que disimulaba su auténtica grandeza tras una permanente actitud de modestia y curiosidad intelectual.

No es mi intención describir toda la carrera del Dr. Lanari como investigador y como clínico. Sería muy largo, y seguramente lo harán quienes lo conocieron desde su juventud. Mi humilde intención es rendirle un homenaje de gratitud y de admiración, una vez más y lamentablemente esta vez posmortem, a quien tan profundas huellas dejó en mi personalidad. Creo que es una catástrofe para un hombre el no tener agradecimiento, pues revela un desierto espiritual y sentimental. Uno enriquece su vida cuando reconoce los valores de otros que lo ayudaron a moldear su personalidad. Siempre que hago un análisis retrospectivo de mi carrera, surge la figura del Dr. Lanari como piedra fundamental de una nueva etapa de mi vida. Con él aprendí el método científico, a pensar, a razonar, a iluminar mi vida interior, a valorar los principios morales y a ser coherente con ellos aun ante las más difíciles situaciones.

Siempre decía que "la vida sin principios y sin ideales no merece ser vivida". Fue una fuente inagotable de sabiduría, estuviese cerca o a la distancia, porque tenía el don de transferir en forma indeleble al alma de sus discípulos toda su ciencia. Su serenidad de espíritu para escuchar y comprender, sus profundas reflexiones antes de emitir un juicio, su inquebrantable voluntad, su mente innovadora, su personalidad insobornable, su generosidad y otras tantas virtudes hacían de él un hombre GRANDE.

Tenía la grandeza de estimular a la gente sin ningún tipo de egoísmo ni vivencia competitiva; no toleraba la adulación que engolosina a los mediocres, otra de las virtudes que sólo tienen los grandes de espíritu.

No domesticaba nunca sus convicciones, era coherente con ellas, tenía unidad moral, carencia de compromisos y hacía lo que creía justo hacer, actitudes éstas que no complacían a quienes esperaban que otros valores, como la amistad o la laxitud en el cumplimiento de las reglamentaciones, tuvieran más vigencia que los principios que él mismo se había impuesto. El Dr. Roncoroni, al despedir sus restos, dijo: "Lanari no aceptó nunca subordinarse y por eso nunca fue muy apreciado por los estamentos del poder". Creo que esta apreciación tan justa lo define en aquel aspecto.

Siempre me llamó la atención la exactitud y justeza con que describía a sus amigos fallecidos en sus notas necrológicas de la Revista de Medicina. Yo quisiera poder hacerlo con él. En oportunidad de una nota al Dr. Mario Brea, fallecido en el año 1979, escribía:

"...era un demócrata sin pizca de demagogo y un liberal que respetaba la libertad con orden y la libre expresión de las ideas. Nunca se inclinó a la derecha o a la izquierda, pues, como señalaba Beardiaev, hay un tercer camino, que es el de elevarse, y tal vez sea el que corresponde seguir al docente universitario que tiene que mirar más lejos, con una ambición que debe proyectarse por lo menos a una generación de sus alumnos y no ceder a los requerimientos circunstanciales propios del político obligado a resolver lo inmediato". Creo que estos mismos conceptos son aplicables sin modificaciones al Dr. Lanari.

No conocía las artes del escalamiento ni las industrias de la prosperidad material; no sabía de favores ni de prebendas; su único camino era el del mérito a través del trabajo, la dedicación y la fe. En la ciencia buscaba afanosamente la verdad y ese era el timón de su vida.

Pensaba en su país silenciosamente, sin la grandilocuencia de los demagogos; pero jalonaba su pensamiento con la acción. Alentaba a los jóvenes para que se formaran dentro y fuera del país, pero con una condición: que retornaran a devolverle algo de lo mucho que el país había dado a cada uno de ellos. Con esto último quiero destacar que también era un patriota en serio.

Conocí al Dr. Lanari en el año 1964, cuando ingresé como médico residente al Instituto de Investigaciones Médicas a su cargo, y a partir de entonces se convirtió en una de mis imágenes de identificación, en lo médico y en lo humano. Trabajé tres años como residente, el último como jefe y posteriormente me trasladé a los Estados Unidos, también por su consejo e influencia. Al regresar tuve el privilegio de compartir con él y su familia varias vacaciones en Villa La Angostura. Durante ese corto tiempo supo transmitirme un estilo de vida basado en los principios socráticos de su concepción.

Supo encontrar en el deporte y la naturaleza el complemento enriquecedor de su intensa vida intelectual.

Su ojo observador le permitía mirar las cosas grandes y las pequeñas, todas merecían un tiempo de reflexión y luego un juicio sensato y equilibrado, la mayoría de las veces con un buen ingrediente de humor.

En esta época de crisis, de moral decadente y condicionada, de religiosidad formal, vacía de ideales y donde el materialismo y el exitismo se han convertido en el objetivo engañoso de la vida, donde los hombres con el autoritarismo y la destrucción buscan llenar la soledad y vaciedad de sus espíritus y es necesario un replanteo de la escala de valores y un cambio profundo de mentalidad, el Dr. Lanari es un ejemplo para emular.